

ESPAÑA PINTORESCA.



Guadalupe visto desde el Mirabol.

EL MONASTERIO DE GUADALUPE.

CONCLUSION.



TITÚLASE de Santa Catalina la rotunda en que uno se halla al salir del relicario, con direccion al Panteon.

Arrimados á la pared vense los bultos de Don Dionisio, hijo del Rey de Portugal, y su esposa Doña Juana, hija de D. Enrique de Castilla. Los sepulcros en que antes descansaban fueron demolidos en presencia de los Reyes de España y Portugal Don Felipe II y D. Sebastian; exhumaron los huesos y los depositaron en un punto, desde el cual hubo precision de trasportarlos ante el altar de Santa Catalina.

Desde allí conducen al forastero á una capillita

baja, denominada Panteon. Su forma es ochavada. Consta de siete altares que tienen las mesas de jaspe negro; pero el abandono que sufre hace allí peligrosa toda detencion, pues el agua ha cuarteado el pequeño cimborio que la ilumina. Las losas de su pavimento son como todas las de la casa de mármol azul y blanco, guardando armonia la escalinata que por la estension de sus peldaños, tajados en un solo pedazo, es digna de notar. Desembocan hacia el punto central del abside, en un tránsito oscuro que corresponde bajo el altar de la virgen, y ciertamente que es grave y misteriosa la situacion de un monumento fúnebre que aparece levantado en aquella caverna de silencio y reposo. La mundana grandeza se abisma entre el polvo húmedo, y un aire glacial se queja sordamente en los encasamientos del arca cineraria. Sobre un ara de mosaico están echados tres

leones blancos que sustentan el fèretro: posa la corona ducal en la turjente cima y á la dudosa claridad que refracta la livida superficie de la piedra, se lee:

In idulo meo moriar.—Job. cap. XXIX.

Doña Maria de Guadalupe Lencastre y Cárdenas, duquesa de Arcos, Aveiro, Maqueda y Torresnovas, mandó se enterrase su corazon y cuerpo en este lugar, debajo de los pies de la imagen, centro de su amor y esperanza.

9 de Febrero.—1715.

Cuarenta y dos gradas hechas cada cual de una pieza de jaspe sanguíneo, marginadas de una elegante barandilla de bronce, que reciben la luz de ocho vidrieras espaciosas, llevan al camarín de la virgen. Ningun mérito tiene la serie de pinturas que le precede, á fin de descifrar pasaje por pasaje los que constituyen su historia: mas aun cuando no fuese así, todo desaparecería de la mente en el instante de pasar á la estancia régia, al *locador* de la emperatriz de aquel palacio. Por encima de la cabeza, una cúpula en cuyos deslumbradores visos se descompone el resplandor del Sol, y baja convertido en los prismáticos cambiantes de la aurora á esmaltar las pilas-tras de cristal y las guirnalda de flores con que plugo al arte bello sombrearlas. Desde el luminico fanal que os cobija hasta do asientan los fundamentos que le sostienen colgaduras de riquísimo damasco, sirviendo de humilde cortinaje á los lienzos que para exaltacion del genio tomaran vida bajo la gigante mano de los Jordanes y Zurbaran. Debajo de nuestros pies el jaspe tricolor, combinado con la veleidat mas atrevida del géometra, á imitacion del incomprensible alcatado que el sarraceno inventó: ¡Qué magnificencia, qué esplendor, qué conjunto de bellezas, peculiares al monasterio de Guadalupe!

Y si internándoos en el trono de su poderosa patrona, reparais en los motes laudatorios que el oro trazara sobre el amaranto del terciopelo que afelpa sus paredes laterales, es imposible, absolutamente imposible, que no olvideis la reverencia para admirar el lujo; esto, aun faltando como falta la caja de plata que los franceses arrebataron de allí en su última irrupcion, y viendo en su lugar un ático sencillito de madera con adornos toscamente ejecutados. Ved aqui los lemas á que nos referimos:

Alrededor del cascarrón. Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur.

En unas cornucopias bordadas con hilo de oro: *Virgo potens, malla nostra pelle. Virgo clemens, bona cuncta posce.*

Muéstranse antes de salir de aquel retrete dos mesitas de metal enramadas de filamentos de oro que regaló Felipe II, y un cofrecillo de marfil y concha, joyas de raro valor.

Las hay infinitamente mas preciosas dentro de una segunda estancia que distinguen con el nombre de *Joyel*, por ser en efecto el erario reservado de la virgen.

Los trastornos vandálicos que durante los siglos XVIII y XIX han hecho blanco de su vértigo codicioso aquel sagrado depósito de preciosidades nunca vistas, tienenlas reducidas á un número muy corto, si se compara con las que perecieron bajo su desgraciada influencia. Para venir en conocimiento

de ellas, quedan todavia muestras que representan su precio, vestijios que la ambicion repudió, sobornada por otras alhajas sin duda alguna mejores. Aventájanlos dos escritorios ó estantes con diez y seis cajoncillos cada uno, en cuyos frentes se ven figuras incrustadas de animales, imitando los colores respectivos por medio de piedras extrañas. En medio tienen una puerta circular apoyada en columnas del órden corintio, cuyos fustes retorcidos son de plata y se hallan rodeados de una cinta de coral. De esta misma materia son las hojas de los capiteles y los cornisamentos con sus remates caprichosos.

Tres cuadros en cobre superan en correccion y franqueza de dibujo á los diez y seis que les acompañan, y no encontramos otro con quien puedan rivalizar que el antepuesto provisionalmente al sagrario del altar de nuestra Señora. Manifiéstala en ademán de acariciar á su niño infante, envuelto en unos pañitos blancos. Su cabeza, llena de dignidad y ternura, está velada con una gasa blanca que cae ondulando sobre el hombro izquierdo. Toda la composicion es tan sublime, que se hace merecedora del lugar que ocupa.

Por largo espacio que el curioso se tome, para enterarse ligeramente de las ropas que se guardan en el Joyel, no acabará de verlas en un día. Baste decir que Toledo y Sevilla no poseerán acaso telas de tan subida estimacion como algunas de las que Guadalupe conserva. Cuatro son los mantos de gala que sobresalen entre los de la virgen. Uno de ellos, que á la verdad adolece de mal dibujo, le cuajó de aljofar y perlas un lego de la casa en el año de 1790. Sea dicho empero, que ni aun antes de que este manto emigrase á Madrid por segunda vez para aliviarse del peso de los rubies y topacios que con superflua abundancia tachonaran la greca de su fimbria, pudo compararse al de la virgen del Sagrario, en el cual una lluvia copiosa no le llegaria á cubrir de gotas de agua mas espesas que lo están el aljofar, las perlas, los diamantes y toda suerte de pedreria. El Joyel de Guadalupe ha quedado sin derecho al titulo de tal. Cuando se le impusieron los monjes, encerraba, segun testigos oculares dicen, doce niños de plata que en el año de 1547 llevó el Rey D. Felipe, representando á sus doce hijos; nueve relicarios estupendos y una alfombra de seda, bordada por sus hermanas y damas. Guardábanse tambien muchos y ricos frontales; una corona de oro que regaló el maestre de Calatrava D. Pedro Giron; una rosa de oro, procedente de D. Alonso de Portugal; varias custodias, cálices, cruces, imágenes, ciriales, candeleros, broches y pectorales para las capas, coronas, bandejas, incensarios y una muchedumbre incalculable de efectos, trabajados en gran copia por el argentista D. Fr. Juan de Segovia. Tanto se generalizó la plata en aquel monasterio, que si no chapearon la iglesia como en otro tiempo el Rey Sábio, fué tal vez porque no se les ocurrió. El año de 1622 resolvieron en capitulo particular que solo ardiesen delante de la virgen ochenta y cinco lámparas de plata, que ahora son de hierro y cuelgan en el corredor que circunvala á la iglesia siguiendo la raiz de los embovedados.

El coro no corresponde á la suntuosidad de los departamentos que dejamos reconocidos. Una circuns-tancia, la única tal vez que llama la atencion, es la

de descargar todo su peso en un arco sumamente rebajado, que recibe el empuje lateral de dos pequeños medios puntos, atendiendo al carácter árabe. Si se examina su interior, el facistol de bronce plagado de molduras claustrigueras, y cuatro excelentes órganos de mecanismo desigual revelan el vuelo que había tomado la armonía religiosa en aquella congregación ilustre, cuya numerosa capilla húbese adquirido obras muy singulares y profundas del inmortal Doyagüe. La sillería que acabaron en 1499 fué reemplazada en el siglo XVIII con otra bastante económica; y las cajas en que los cuatro órganos fueron montados por los años de 1501 y 1502 tampoco existen.

Dejando por ahora la enumeración de los sepulcros consignados en el friso de mármol negro que rodea el ámbito de donde nos vamos a separar, ocupémonos en hacer una rápida reseña del claustro que comunica con la iglesia por medio de una puerta magnífica, inmediata al altar de San Pedro apóstol, en la nave septentrional del crucero. Desde luego se encuentra al paso una sepultura humilde en que yace D. Juan del Castillo, obispo de Cuba y abad de Cabañas, con cuya dignidad se apellida el hospital instalado en el puerto de Cereceda. Siendo fundación de D. Diego de Muros, obispo de Canarias, bajo el título de *Santa Cruz*, le proveyó de diez y nueve

de trigo; limosna que recibió nuevo aumento en tiempo de D. Bernardo de Tejada, propietario de Cádiz, a cuya caritativa intención debió el establecimiento dos mil reales cargados sobre la dehesa del Guijo, término de Medellín.

Persuadidos de que el dibujo es el cosmorama de las descripciones en donde el lector ve los objetos sin que la sombra del *cicerone* los ofusque ni sus palabras le distraigan, hemos presentado un ala del claustro muzárabe que, artísticamente hablando, honra al monumento del siglo XIV y presta mérito al del XV. Concorre a embellecerle la variedad de formas que se echa de ver en sus arcos; los de N., S. y O. son ojivales, pero retrayéndose al arranque de heradura, los del E. la mitad semicirculares muzárabes, y los restantes apuntados: los primeros abrazados con un andén de arcos moriscos; los segundos con antepecho de tabique: todos ellos fabricados en el año de 1518.

Mas ni la fachada que hemos elegido para diseño por entrar en su composición la galería que forma parte de la *Sala de las maromas*; ni la prodigiosa y cándida fé del pintor que a destajo poblara aquellas naves de lienzos ó *mamparas*, mas útiles para captarse la admiración y aun el provecho del rústico labriego, por naturaleza inclinado a los sucesos portentosos y a las figuras que de lejos se ven, nos robarán el tiempo que estamos en el caso de gastar sobriamente, toda vez que piden algún homenaje al surtidor que hay en un ángulo del patio, y el cimborio que sirvió de modelo al que pretendía costear la comunidad y no tuvo efecto.

Es la fuente a que aludimos una de las dos que hizo fundir el P. Yañez y colocar delante de la puerta del refectorio, para que los huéspedes se lavasen antes ó después de comer. La otra, que arriba hemos descrito, estaba en medio del cimborio ó templete indicado, y derramaba sus aguas en un estanque ó pilón de mosaico. Este ensayo magnífico tiene forma piramidal y su construcción es de ladrillo empleado con el método arquitectónico del estilo muzárabe. Pierdese la vista mas perspicaz en sus molduras y laberintos. Los cuatro frentes de que consta el primer cuerpo se ven calados por dos arcos ojivales, que estriban en parte-luces y delgadas columnillas de mármol: el cuerpo segundo es octógono, y remata cada faz en un frontón de azulejos y arcones; el tercero es igual aunque mas reducido, y el cuarto recibe en su clave una aguja gótica con una cruz de hierro sobre su cúspide (1).

Vasta y frisada al fresco es la sala de capítulo, habiéndose de atravesar para entrar en ella un patio que se edificó el año 1476 con pilares de mármol y antepechos de piedra negra. Reparando en la poca seguridad que la techumbre prometía, la aseguraron con una barra, que generalmente se cree destinada a otro fin muy diverso. La anchurosa cisterna cubierta por el embaldosado del patio de la *enfermería*, y su triple galería ojival enriquecida con puertas y ventanas muzárabes a competencias interesantes, merece un recuerdo particular; debe verse. ¿Y qué diremos de la suntuosa *hospedería* que preparó el mo-

(1) El punto de vista que adaptamos para hacer el menor de nuestros grabados abraza un ángulo de este cimborio.



Claustro de Guadalupe.

camas (once para pobres y ocho para religiosas y clérigos), adjudicándole rentas para que diesen a cada desvalido lecho, lumbré, sal, agua, mesa y manteles. D. Juan del Castillo añadió heredades que produjesen lo necesario a repartir cada semana una fanega

nasterio á los Reyes Católicos el año de 1483? Si el lamentable estado en que se encuentra no cerce-nase elogios á nuestra pluma, era cosa de suspender aquí esta narración y emprender otra por partes. Mas para disgusto nuestro el tiempo nos evita ese trabajo. En la bóveda de su escalera principal, en su régio salon morisco, en su gabinete complicado como pocos, reina un destrozo horrible, amaga la última devastación. En nuestro grabado se perciben las dos torres y la galería que esteriormente preocupa el cálculo, fingiendo una magnificencia que ya acabó. Brilla aun á despecho del siglo el oro de los blasones y estalactitas esculpidas en los soberbios artesonados, como esos emblemas fúnebres que adornan el atahud de un magnate. Herida el águila de dos cabezas que soporta el escudo de nuestros Reyes por cima de una puerta ruinosa, tarde remontará su vuelo. La protección que un tiempo dispensaran á Guadalupe los soberanos de Castilla y los de Portugal; Doña María, esposa del emperador Maximiliano y su hermana Doña Juana: los embajadores de Francia, Aragón, Valencia y Sicilia, y tantos otros potentados como le visitaron con fe, cesó ya para siempre; una nueva era ha borrado la antigua. No busque ya el peregrino el hogar que fortalecía sus miembros; la cama que reponía sus fuerzas, el alimento consolador; aquella mansion no es suya; allí es extranjero y desconocido; infunde sospechas su bordon, y segun la máxima de la moderna sociedad, una vez que arrastra la desgracia, por fuerza ha de ser un pícaro. Nos hemos distraído un instante; cayó el telon y desapareció la magia. Otra escena, otros personajes nos rodean. El poeta, el hombre que por su mal naciera con alma ardiente, ávido de inspiraciones y exuberante de ternura ha llegado en pos del célibe monacal, para remedar sus contemplaciones sobre la fria losa de su tumba. El sol desmaya entre las nubes de la tarde: despiértanse las auras en el follaje de la hiedra parásita; asoman su negro hocico los murciélagos ocultos en las tapias seculares, y hienden el aire diorlitas de paso rapido que imitan perfectamente el ay de la voz humana...

Estas observaciones nos inducen naturalmente á hablar de los sepulcros.

Bueno es que se salve la memoria de los varones distinguidos que allí yacen, y que la piedra gastada halle en nuestro periódico un fideicomiso menos espuesto á perecer, mas dueño de las tendencias dominantes. Ved aquí cómo procede el catálogo funeral de Guadalupe.

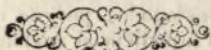
D. Enrique IV de Castilla; su lucillo fué alzado bajo la disposicion de D. Pedro Gonzalez de Mendoza, cardenal, arzobispo de Toledo.—La Reina Doña María, que murió en Villacastin el año de 1445.—D. Dionis de Portugal, hijo del Rey D. Pedro y Doña Inés de Castro y su muger Doña Juana.—Fr. Fernando Yañez yace junto al altar mayor al lado de la epistola; murió en 25 de setiembre de 1412.—El santo raquero á quien se apareció la virgen, y á quien D. Alonso el XI honró llamándole D. Gil de Santa Maria de Guadalupe. Fué natural de Cáceres, en cuya ciudad se vé su casa con un ramo de azucenas y un águila traspasado el pecho por armas.—En medio de la capilla mayor y dentro de una caja de plomo está el corazon de D. Luis Bravo de Acuña, del hábito

de Santiago, general de las galeras de España, del consejo de S. M., embajador de Venecia y virey de Navarra. Trajo las principales reliquias que hay en el santuario de Roma, Nápoles y otros países. Con él yace su muger Doña Maria de Cardona.—En el camarín se encierra en una urna de plata el corazon del Excmo. Sr. D. Manuel Diego Lopez de Zúñiga, duque de Bejar, que murió en el cerco de Muda el año de 1666.—D. Alonso de Velasco, presidente del Consejo Real y descendiente de los condes de Castilla y su muger Doña Isabel de Cuadros.—El ilustre Sr. D. Juan Serrano.—El Padre Fr. Pedro Fernandez Pecha, camarero de D. Alonso XI y D. Pedro el Cruel; fué uno de los primeros fundadores de la orden de San Gerónimo en España: falleció en 1402. Con él reposa su hermana Doña Mayor.—El noble caballero Martin Hernandez Ceron.—D. Diego Garcia de Orellana, natural de Trujillo, tronco de los marqueses de Orellana.—Don Fernando Alvarez de Meneses, corregidor de Talavera de la Reina, digno de los laureles literarios.—D. Miguel Garcia de Arévalo.—D. Antonio del Águila Rebenga, capitan y canceller del Rey; su madre Doña Maria de Villegas y su hijo D. Antonio.—Doña Juana de Toledo, y Doña Ursula madre de D. Bernardino Ramirez de Montalvo, caballero del hábito de Santiago, marqués de San Julian en el reino de Nápoles.—El gran jurisconsulto, natural de aquel pueblo, Don Gregorio Lopez, á quien el Rey Felipe II nombró oidor del Consejo de Indias, mandándole que escribiese los libros admirables de las Siete Partidas y leyes del reino, cuyas obras trabajó en Guadalupe, siendo alcalde mayor. Fué padre del celebre letrado Don Diego Lopez Pizarro y de Doña Maria, projenitora de los marqueses de Orellana, y de Doña Lucia que lo fué de los marqueses de Torres.—Juan Alonso, maestro mayor de la iglesia.—D. Diego de Villalobos y Benavides, capitan de caballos en Flandes, natural de Guadalupe.—La condesa Doña Leonor, muger de Don Juan de Leon.—D. Toribio Fernandez de Mena, capitan de D. Alonso XI, canónigo de Toledo y segundo prior del monasterio. Fundó por orden del Rey D. Pedro el hospital del Obispo; hizo encañar el agua que surte al vecindario; fabricó la torre de las campanas; puso la campana al reloj y dió la traza para construir la celda prioral. Espiró en el año de 1564.—D. Rui Fernandez Quijada, Doña Juana Sanchez su esposa, y su hijo D. Pedro, señores de Valdepalacios.—D. Juan de Zúñiga y Sotomayor, maestro de Alcántara. Acabó sus dias en el año de 1448.—D. Juan Velazquez Dávila, del hábito de Alcántara, señor de las villas de Lorian y Don-llo-rente, cuyos sucesores gozan hoy los títulos de marqueses de Lorian y de Leganés. Terminó su vida el 5 de diciembre de 1562.—Doña Maria de Velasco, casada con D. Pedro Portocarrero, señores de Palma y primeros condes de este apellido. Dejó de existir en 1485.—D. Fr. Gonzalo de Illescas, en cuyos mármoles sepulcrales se vé este letrero. *Aquí yace el muy reverendo en Cristo el P. Fr. Gonzalo de Illescas, confesor y del consejo del Rey nuestro Señor (D. Juan II), obispo de Córdoba. Falleció en Fornachuelos á 22 de octubre de 1464. Hizo la librería de esta casa, los molinos de Espe el sobre el Tajo, la casa de Barquilla, los confesonarios y el órgano grande de Guada-*

lape.—Fr. Pedro de Valladolid, confesor de Doña María, madre de Enrique IV.—Fr. Gonzalo de Ocaña, fundador del estanque y molinos de Guadalupe. Murió el 26 de julio de 1429.—Fr. Juan Serrano, sobrino del obispo y prior D. Juan, embajador en Roma y en Génova por D. Juan el II. Falleció en 2 de noviembre de 1444.—D. Fr. Pedro, obispo de Marruecos.—Fr. Diego de Paris, francés de nación, hombre de gran juicio y vasto talento. Poseyó la rara cualidad de parecerse notablemente en el rostro á la Reina Católica, cuya razon movió á esta soberana á visitar el monasterio tres veces en el transcurso de nueve años. Este prior fabricó la porteria, el claustro del capitulo, su fuente y la mayordomia. Pintó y adornó el refectorio y las cuatro *Estaciones* que estuvieron en el claustro principal. Murió á 2 de julio de 1483.—D. Fr. Luis Vich, obispo de Bayona.—Fr. Juan de San Fulgencio, fundador de la granja de invierno llamada *Valdefuentes*: murió en 22 de abril de 1534.—D. Fr. Francisco de Benavides ó de Santamaría, de la casa de los marqueses de Fromista, obispo de Cartajena en Indias, de Mondoñedo, de Segovia y electo de Jaen. Asistió al concilio de Trento y falleció en mayo de 1560.—D. Juan del Castillo, obispo de Cuba, coorrector del hospital de Cereceda.—Fr. Gabriel de Talavera, de la ilustre casa de los Meneses y duques de Estrada; escribió la historia de su convento; hizo el *santuario* y le pintó y decoró: tambien se le debe el pozo de la nieve, despues de cuya obra murió á 14 de setiembre de 1620.—Fr. Tomas de Toledo, general de la Orden, calificador de la inquisicion y dos veces prior de Guadalupe. Murió el 8 de enero de 1660.—Fr. Agustin de Madrid, maestro predicador de S. M., examinador de la Nunciatura apostólica y su teólogo. Muerto á 17 de junio de 1683.—Fr. Juan de Villahermosa, quien prosiguió con gran actividad y gusto la obra del camarín que su antecesor habia comenzado.

Poco hemos hablado de la villa, porque poco se nos ofrece que decir. Mas al terminar esta difusa narracion nos ocupa agradablemente su memoria. Retiro apacible, vergel encantador de la naturaleza inculta, ¿cuándo te olvidaré? Un incidente feliz me condujo á tu seno: una distancia inmensa me separa ya de él. Mis pasos fueron precipitados, y mis desvelos se consagraron á evocar tus antiguas glorias. Las fuerzas de mi pluma son débiles; pobre homenaje he acertado á rendirte. ¡Oh anciano venerable! os prometí describir vuestro asilo, el asilo de vuestra propecta edad y no lo he olvidado. Otro talento mas vasto que el mio hubiera correspondido mejor con vuestros justos deseos: otro escritor mas hábil hubiera dado cima con mas gloria á vuestra empresa; pero con mas noble intencion, ninguno.

RAFAEL MONJE.



VIAJES.

IMPRESIONES DE VIAJE A LISBOA Y SUS CONTORNOS EN 1845.

ARTICULO VII.

Lisboa científica, literaria y artística.

(Conclusion.)

La Academia real de ciencias de Lisboa, que mantiene su reputacion dentro y fuera del reino, celebra hoy sus sesiones en el hermoso *Convento de Jesus*, y tiene allí una escogida biblioteca que constaba dias hace de doce mil volúmenes, y no sabemos si á ella esta agregada la del convento, rica en treinta y dos mil cuerpos de todas clases. Algunos salones del segundo piso, todo el principal y mucha parte del bajo ofrecen cómodo y bien repartido alojamiento á la muchedumbre preciosa de objetos que forman el *Museo de historia natural*, el mejor por cierto de varios que encierra Lisboa, y muy digno de una prolíja visita de parte del curioso extranjero.

La sala de cuadrúpedos es menos rica que la del gabinete de Madrid, sin embargo de contener la de Portugal el corpulento *Hipopótamo*, que no recordamos exista en la nuestra, y tambien una curiosa porcion de monos, apreciada de los naturalistas. La coleccion de cetáceos es muy abundante, y vimos en ella culebras enormes, y un *cocodrilo* de extraordinario tamaño. Son vistosisimas las infinitas familias de aves de todas especies, desde las mas pequeñas hasta las mayores que conocemos; llamando mucho la atencion del forastero tanta diversidad de plumajes y tan prodigiosa variedad y contraposicion de colores.

Por lo que hace á insectos, no dejan asimismo de excitar la curiosidad del observador entre muchas y bellas series clasificadas con excelente método, las especies de *mariposas*, quizá lo mejor de cuanto encierra el Museo, por ser casi toda la coleccion del Brasil, donde estos animalillos deben de admirar sin duda extraordinariamente al aficionado á las obras del Criador, si hemos de juzgar por la colosal dimension, estrañas figuras y encantadores matices de muchos individuos con esmero guardados en aquel gabinete.

El reino mineral está ámpliamente representado en un gran salon bajo por la copiosísima cantidad de ejemplares de todos los metales, mármoles, petrificaciones, estalácticas y preciosas piedras de esquisito mérito é inapreciable valor; sobresaliendo entre tantas escogidas muestras de los prodigios de la naturaleza un gran trozo de cobre nativo que se halla en medio del aposento, y fué estraído de las minas del Brasil y marcado con las armas reales. Pesa 2,616 libras, es de una sola pieza, y se considera como la mayor que ha salido en su clase de todos los criaderos del mundo.

Cuando el viajero haya terminado sus visitas á las Bibliotecas, Museos, Colegios, Academias, Gabinetes, Escuelas y otros establecimientos científicos que corren á cargo del Gobierno, será del caso que vea tambien las *Asambleas* fundadas por asociaciones particulares, á las que concurre diariamente una sociedad distinguida, á la manera que en nuestros *Ateneos*,

Casinos y Liceos; si bien podremos afirmar que no es aquella institucion exactamente lo mismo que las conocidas en España bajo de las citadas denominaciones. Hacemos especial memoria de dos de aquellas *Asambleas*; situada la una en la *rua nova do Carmo*, y la otra en la *rua da Orta Seca*. En esta última tuvimos la satisfaccion de conversar en varias noches con portugueses muy dignos, dotados de excelentes modales y de reconocida instruccion; no pudiendo olvidar fácilmente los amenos y sabrosos discursos del *Señor Bartolomeos dos Martires Souza* (oficial 1.º del Ministerio do Reino y Comendador de la Orden de Cristo) en materias históricas, legislativas y diplomáticas; ni menos al Sr. Diputado á Cortes *Antunet Pinto*, con quien departamos gustosamente acerca de asuntos forenses, y de las bellezas monumentales, de entrambas naciones de la Peninsula Ibérica. La cómoda distribución del amplio edificio en vastos gabinetes de lectura de periódicos políticos y literarios, nacionales y extranjeros; en salones de baile; aposentos de solaz y recreo, piezas destinadas á satisfacer las primeras necesidades de nuestra vida animal; el esmerado aseo y la exactitud en el servicio de los dependientes; la profusa iluminación de las galerías del ancho vestibulo y de la suntuosa escalera; el orden, la compostura, el silencio de la concurrencia numerosa que frecuenta la conocida *Asamblea da Orta Seca*, recomiendan este círculo brillante al español entendido y curioso, que quiera aprovechar útilmente algun espacio de su morada en Lisboa, y conocer el estado del trato social del sexo, que llamamos fuerte y feo.

Corresponde al presente artículo la descripción de las *Cocheras Reales*, por las obras de entalle que encierran; objeto puramente artístico con el cual terminaremos estos apuntes. Pero, antes de referir algo de lo que personalmente observamos en aquella dependencia de la corona, oirán sin disgusto nuestras bellas lectoras y nuestros lectores amables cierto relato de un militar y escritor distinguido, que tomó datos curiosos al examinar las *Cocheras* en época próxima precedente al viaje que nosotros hicimos.

En el Calvario (dice el texto portugués) á poca distancia del Palacio Real de Belen, en un edificio construido á propósito por D. Juan V, se halla una coleccion de coches antiguos, tal vez la mas admirable que existe en el mundo. Es muy notable el coche de gala del Rey D. Alfonso Enriquez (1) (gobernó desde 1128 hasta 1185) que tiene siete hermosos vidrios venecianos, cada uno de ocho á nueve palmos en cuadro; asientos de tela de seda y oro, pinturas, dorados y ornatos de bronce; en particular los objetos de bronce dorado igualan á los mas bellos trabajos de *or moulu* (oro molido) de los franceses, y quizás les esceden. Cerca está un desairado coche hecho en el Brasil, y cubierto de oro por todas partes. Otro coche igualmente rico del gran Rey D. Manuel se vé todavía enajado de primorosos relieves. Tambien se encuentra allí el coche de gala del Rey D. Dinis (que reinó desde 1279 hasta 1325); la caja tiene flores y escudos de armas, pintados con la mayor perfeccion

(1) Unicamente no estamos conformes con las fechas de los carruajes de D. Alfonso y D. Dinis, que se relatan por el ilustre Guér I á quien traducimos; y será mas prudente opinar que no subninguno de los que se citan en Lisboa mas allá de la época del Rey D. Manuel, hacia 1300.

sobre un fondo de oro; interiormente está forrada con brocado de oro. Hallase asimismo una série de coches hechos en Madrid, de dos, cuatro, y seis asientos, que en 1728 trajeron á Portugal á la Infanta de España Doña María Ana Victoria, hija del Rey D. Felipe V, cuando ella se desposó con D. José I, entonces *Príncipe del Brasil*. Estos coches españoles son ricos, pero en su mayor parte incómodos; sobrecargados de terciopelos, galones y doraduras. «Hay igualmente un gran número de carruajes singulares, que forman un término medio entre los carros de los triunfadores romanos y los *Tilburys* modernos, y que estaban destinados para conducir á los santos en las procesiones. Existen allí tambien en grande muchedumbre las berlinas de los Infantes, y pequeños coches que son tirados por burros: viejos carrillos y *seges*: todo construido tan groseramente, como se hacen las carretas de transporte; pero con gran profusion de pinturas de varios colores y de dorados. Terminan finalmente esta coleccion algunos pesados coches desairados y menos ricos, que en los últimos años del siglo anterior mandó hacer en París D. Juan VI, entonces *Príncipe Regente*. Todos muestran vestigios de ese periodo de transicion, en que habia cesado la antigua y sólida pompa, y no se hallara todavía la cómoda elegancia moderna.» Hasta aquí el escritor referido.

A la narracion precedente hemos de añadir que descuellan entre las demás diversas carrozas hechas en nuestra villa y corte de Madrid durante la dominacion española sobre el Reino Lusitano. Sus miniaturas bellísimas; los grupos de estatuas que las decoran y la época que sus formas recuerdan, las hacen dignas de no poco estudio y revelan el fausto de un periodo importante para la historia militar, política y artística de Castilla.

Aquí... vemos representada por medio de una ingeniosa alegoria en figuras de tamaño natural la grandeza y la gloria de nuestros mayores. Allí... observamos simbolizadas por otro emblema á España y á Portugal venciendo al Africa y á la América, con lucido séquito de mancebos, deidades y monstruos horrendos. En este carro triunfal se admira á Minerva llevada por caballos marinos, significando la civilización trasportada á climas remotos, merced al esfuerzo de nuestros monarcas y á la heroica constancia de sus vasallos. En aquel... se ostenta á la Historia conducida en hombros de fornidos tritones, que declara los hechos de armas acaecidos á la otra parte del ancho Océano bajo la conducta de los descubridores del Nuevo Mundo.

Por curiosidad contamos las estatuas de dos carrozas, y hallamos que la primera contenia trece y la segunda catorce figuras de gran tamaño; no debiendo extrañar el lector tanta abundancia, cuando se observe que pueden caver holgadamente en el espacio de catorce varas castellanas de longitud que medimos exactamente desde el pescante á la zaga del uno de aquellos coches.

Y no son ellos sin embargo lo mas notable del edificio Real mencionado; porque en asegurarlo así, haríamos notoria injusticia al anciano *Conserje*, cuyos servicios de medio siglo, grotesco talante, erudicion indigesta y parlara, y las otras dotes que lo ennoblecen (y no queremos mentar) hacen de aquel palaciego

nada menos que una personificación viva, palpitante y carnal de la historia lusitano-española aplicada á los suntuosos vehiculos en que se dignaron rodar por espacio de siete centurias las muy altas, sacras, y poderosas Majestades y Altezas Católicas y Fidelísimas, mientras el pueblo inmenso de la heroica ciudad de Lisboa, primera del Orbe, clamaba estasiado en torno de sus príncipes, conducidos en triunfo sobre los mullidos cojines de aquellas doradas carrozas.

En estas y otras semejantes pláticas, todas relativas á la crónica cocheril de la monarquía portuguesa, pasa el Conserje la mitad de su vida con los extranjeros que consagran algunas horas á examinar el delicioso teatro de sus modestas glorias; siendo imposible que el viandante curioso no participe del fervido entusiasmo del leal servidor, cuando este llevándole por la mano de litera en litera, de berlina en berlina, de carroza en carroza, ya le siente sobre la blanda almohada que cedió bajo el peso del mismísimo cuerpo del Rey D. Dinis el Labrador; ya le obligue á pasar suavemente los dedos por cima de los ricos bordados que llenaron de pasma á las rugosas Dueñas de la augusta consorte del gran D. Manuel, Doña Maria de Castilla; ya le muestre con religioso respeto la señal de las rozaduras que dejó en cierto estribo la lengua hopalanda y el rojo calzado del Rey-Cardenal: ya por fin, congraciándose con el forastero, si es español, le coloque ante las máquinas soberbias que mandaron labrar en Madrid los Felipes de Austria; y con lágrimas en los ojos, en tono patético y balbuciente, suelte la voz á semejantes razones. «¡Oh! *minho Senhor! Cha passou o tempo famoso en que o augusto Rey D. Felipe II, de saudosa memoria na Hespanha (poren não em Portugal) mandou facer em Madrid estes aprimorados carruagens, que sao tidos em grande apreço no mundo tudo! Cha passou o tempo d'el Rey D. José I é de sua esposa á infante de Hespanha Doña Anna Victoria é de sua filha á rainha Doña Maria I em que achaváanse dois mil cavallos é machos nas cavalláricas reaes; é não só todas as personagens dependéntes da Corte, officiaes é empregados de mais alta cathegoria, se serviam das segges é carruagens da Casa Real; mas que tambem quasi todos os fidalgos é Grandes do Reyno alcançavam com muita facilidade poderem rodar por toda á cidade desde pela manhã até á noite, á custa do Paço!.. Ainda, meu Senhor, existiam entáo os bellos thesouros da rica terra do Brasil! O Portugal se chamava ainda á mais pomposa na cao de ambos os hemispherios!!»*

Así que muera aquel ardiente panegirista de las carrozas reales (lo cual parece no estar muy lejos, atendida su edad) valen la mitad menos todas las antiguallas que el depósito encierra; y el español que visite por segunda vez á Lisboa, cuando llegue á aquel sitio, verá que falta su mejor ornamento: á no ser que el cielo benigno permita vagar al espíritu del leal portugués sobre los pescantes y sobre las zagas, prestando un soplo de vida á aquellos grupos extraños de bizarras figuras; á fin de mantener toda la ilusión que hoy producen, cuando vistas á la tibia luz del crepúsculo de la tarde, creemos que van á moverse en diversos sentidos, animadas por la grata facundia del ilustre Conserje, que las ama con toda la ternura de su corazón.

¡Dios aparte por el mas largo tiempo posible tanta desgracia de la ciudad de Pombal, para consuelo de artistas, para soláz de viajeros y para satisfacción cumplida de eruditos anticuarios.

(Continuará).

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.

HIGIENE.

ARTE DE CONSERVAR LA VIDA.

Del cultivo físico y moral del hombre.

Antes de entrar el hombre en el cultivo de las facultades intelectuales necesita que sus órganos hayan adquirido cierto grado de desarrollo y perfección, pues siendo estas mismas el resultado de la organización, claro es que cuanto mas perfecta sea la estructura del cuerpo, tanto mas esquisitas y excelentes serán sus funciones. Por lo tanto es del todo conveniente que los padres dediquen en los primeros años á sus hijos á ejercicios corporales; en una palabra, á la gimnástica. Este es el arte que esencialmente aumenta la solidez y firmeza de los tejidos, disminuye la superfluidad de la gordura y evapora con prontitud los humores escudentes.

Los ingleses emplean con el objeto de aumentar la solidez de los tejidos un método particular, que consiste en someter á los individuos jóvenes á los efectos del calor y de la luz solar, poniéndolos bajo la influencia de un aire caliente, y dándoles purgantes idragogos al mismo tiempo que se les prescriben alimentos esencialmente tónicos, es decir, sustancias animales para reparar las pérdidas que sufren. Concluido el tratamiento recobra el cuerpo el peso que antes tenia, pero la gordura desaparece y las fuerzas se multiplican, quedando la musculatura trasparente, elástica y de una testura sumamente apretada.

Despues que el cuerpo haya recibido un grado conveniente de desarrollo, será tiempo de dedicarlo al cultivo de las facultades morales, pero procurando siempre que los estudios primeros sean claros y sencillos que no carguen la memoria con un peso continuo que acabe por trastornarla y sobre todo que no sean reflexivos, pues en la primera edad se sostiene mucho y se reflexiona poco.

A medida que el hombre avanza en edad podrá dedicarse á estudios mas profundos, sin temor de que se debiliten sus órganos á menos que no sean muy delicados, pues despues que han adquirido cierto grado de desarrollo, el mejor medio de conservarlos y aun duplicar sus acciones es el ejercicio tanto corporal como intelectual, siempre que sea moderado.

El hombre que no cultiva sus facultades intelectuales, no es hombre, es un bruto que posee los elementos necesarios para serlo, pero que mientras sus disposiciones naturales no han adquirido el cultivo necesario, no aparece superior á la clase de los irracionales. La esencia del hombre consiste en la per

fectibilidad, y su organizacion es á propósito para esto.

El influjo de la educacion sobre la prolongacion de la vida es muy notable: comunmente se cree que la debilita ya corta, pero esto no es cierto sino cuando es excesiva, que entonces enerva y afemina al hombre. Cuando sucede esto último, es decir, cuando las facultades intelectuales están muy ejercitadas no avanza el hombre culto tanto como el salvaje, al último término asignado á su especie, mientras que un grado conveniente de cultura física y moral, en especial el armónico desarrollo de todas las facultades, es como se ha demostrado anteriormente, necesario al hombre para adquirir las ventajas físicas y morales que deben distinguirlo del bruto.

Una educacion bien entendida influye sobre la prolongacion de la vida de un modo poderoso. Bajo su influjo se desarrollan perfectamente los órganos y se multiplican así las fuentes del placer y los medios de restauracion aumentando el hombre civilizado sus arbitrios para reparar sus pérdidas, cosa de que carece el salvaje: nos liberta de las causas destructoras que abrevian la vida de los salvajes como el frio, el calor, venenos, hambre etc.: nos enseña á curar las enfermedades y hacer servir las fuerzas de la naturaleza al restablecimiento de la salud; nos acostumbra á sujetar nuestras pasiones al yugo de la razon y de la moral á sobrellevar con resignacion el infortunio, á no ofendernos las injurias que se nos hacen etc. Disminuye, pues, el consumo que sin esto no tardaria en destruirnos: en fin, nos reúne en sociedad formando familias, pueblos y naciones, sin lo que no podria haber con regularidad asistencia reciproca, policia ni leyes, contribuyendo de este modo, aunque indirectamente, á prolongar nuestra existencia.

POESIA.

EN UN ALBUM.

A JULIA.

Otra vez los versos mios

Quieres que en tu album escriba,

Y bien lo extraño

Julia, cuando sé que frios

Has de llamarlos, esquivas,

Por mi daño.

Que el fuego que me inspirara

Y siempre en mi pecho llevo,

Es á tus ojos

Fuente que estio secara,

O flor que alegó su renuevo

Entre abrojos.

Bien poca estima á mi musa

Das dudosa ó descreida,

Y ten presente

Cuanto, orgullo herido, escusa

Que esa nota inmerecida

De mi ahuyente.

Bajo la sierra nevada

Se agita el volcan oculto,

Y el sosiego

De la mar honda y callada

Bajo su abismo sepulto

Guarda el fuego.

Y un día y otro y un año

Y otro despues, pasan lentos,

Julia bella,

Y al cabo, de modo extraño

Brota de sus fundamentos

La centella.

No es el fuego que á la vista

Se presenta el fuego solo,

Otro se halla

Que sin que mar lo resista

Ni sierra, de polo á polo

Arde y estalla.

Yo te diré por qué callo,

Porque sin calor escribo,

Porque lloro:

Perdi la dicha y no hallo

En la tiniebla en que vivo

El ser que adoro.

Ni en el campo solitario,

Ni en la villa populosa,

Hallo la estrella

De que sigo en curso vario

En mi vida tempestuosa

Tras la huella.

Al ver su albor rutilante

Se deslumbraron mis ojos,

Y mi alma,

Embebecida un instante,

Gustó en medio sus enojos

Dulce calma.

Mas rápida como el viento

Voló á mi vista asombrada;

Y noche oscura

Trocó otra vez el contento

Del alma regocijada

En amargura.

Julia bella, tú que á veces,

De los ángeles querida,

Hablas con ellos:

Ora, y luzcan á tus preces

De aquella estrella perdida

Los destellos.

Y no habrá nada en el mundo

Que iguale á mi celo ardiente,

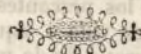
Ni mas gloria

A mi entusiasmo profundo

Que llevar siempre en mi mente

Tu memoria.

JOSE DE GRIJALVA.



Madrid 1847.—Imprenta y Establecimiento de Granado de D. Baltasar González, calle de Hortaleza, n. 89.